

CEPAL

COMISION ECONOMICA PARA
AMERICA LATINA Y EL CARIBE



NOTAS SOBRE LA ECONOMIA Y EL DESARROLLO

PREPARADAS POR LOS SERVICIOS DE INFORMACION

PARA USO INFORMATIVO; NO ES DOCUMENTO OFICIAL

Nº 557/558 mayo/junio 1994

XXV PERIODO DE SESIONES DE LA CEPAL

CARTAGENA DE INDIAS, COLOMBIA, 20-27 ABRIL 1994



El Presidente de Colombia, César Gaviria, inaugura la sesión ministerial del XXV período de sesiones de la CEPAL. En la mesa, se encuentran, entre otras personalidades, el Presidente del Banco Interamericano de Desarrollo (BID), Enrique V. Iglesias; el Secretario de Comercio Exterior de Colombia, Juan Manuel Santos; el Secretario Ejecutivo de la CEPAL, Gert Rosenthal; el Ministro de Economía, Fomento y Reconstrucción de Chile, Alvaro García, y la Viceministra de Relaciones Exteriores de Colombia, Wilma Zafra.

En el Vigésimo Quinto Período de Sesiones de la Comisión Económica para América Latina y el Caribe (CEPAL), celebrado recientemente en Cartagena de Indias, Colombia, se acogieron con beneplácito los siguientes documentos preparados por la Secretaría de esta Comisión: *"El regionalismo abierto en América Latina y el Caribe - La integración económica al servicio de la transformación productiva con equidad"*; *"América Latina y el Caribe: Políticas para mejorar la inserción en la economía mundial"*; *"La Cumbre Social: una visión desde América Latina y el Caribe"*, y *"Salud, equidad y transformación productiva en América Latina y el Caribe"*.

Asistieron a esta Conferencia Ministerial bienal delegados de los Estados Miembros de la CEPAL, entre ellos Ministros y Viceministros de Relaciones Exteriores, Comercio Exterior, Economía, Inversión Exterior, Planificación y Acción Social de la región.

También participaron representantes de organismos intergubernamentales como el Banco Interamericano de Desarrollo (BID), la Comunidad del Caribe (CARICOM), la Corporación Andina de Fomento (CAF), la Organización de Estados Americanos (OEA), la Organización Latinoamericana de

Energía (OLADE) y el Sistema Económico Latinoamericano (SELA).

Asimismo concurrieron representantes de Estados que no son miembros de las Naciones Unidas, de organismos de las Naciones Unidas y de organizaciones no gubernamentales.

En esta edición de "Notas" se incluyen los discursos del Presidente de la República de Colombia, César Gaviria, en la sesión inaugural de la etapa ministerial; del Ministro de Comercio Exterior de ese país, Juan Manuel Santos, en la sesión de clausura, y la presentación del Secretario Ejecutivo de la CEPAL, Gert Rosenthal.

PALABRAS DEL PRESIDENTE DE LA REPUBLICA DE COLOMBIA, CESAR GAVIRIA

"Constituye para mí un privilegio darles, en nombre del pueblo colombiano la más cordial bienvenida a Cartagena de Indias, en el marco de este XXV período de sesiones de la CEPAL. Y lo hago con el convencimiento de que esta ciudad, antiguo baluarte del poderío español en América, donde se encontraron tantas culturas y se forjaron tantos sueños, es el escenario adecuado para la reflexión en estos días de trabajo.

Veo aquí entre los asistentes caras conocidas y caras nuevas, economistas de vieja data y jóvenes emprendedores, rostros del norte, del centro y del sur, del Atlántico y del Pacífico, de los Andes, de las islas del Caribe y de las llanuras inmensas, latinoamericanos y caribeños, en fin, quienes han venido a esta ciudad amurallada con un denominador común: todos tienen viva en sus ojos la llama de la esperanza que anuncia un futuro mejor para esta región de 450 millones de habitantes.

Y esto lo digo, apoyado en la evidencia alentadora de los últimos tres años, cuando la dura experiencia de la década pasada, la bien llamada década perdida, apenas comienza a quedar atrás. No se han cerrado todavía, sin embargo, las heridas dejadas por la profunda depresión de los años ochenta que incidió de manera directa en el deterioro de buena parte de los indicadores sociales y de distribución del ingreso, en la mayoría de los países miembros de la CEPAL. Por eso, ahora que la región parece haber retomado la senda del crecimiento sostenido, es necesario insistir en la necesidad de políticas que no sólo mejoren los índices macroeconómicos, sino también los indicadores sociales y en especial el bienestar de los 200 millones de latinoamericanos y caribeños que no pueden satisfacer sus necesidades básicas.

El presente, es también un buen momento para reflexionar sobre el papel que le corresponde jugar a la CEPAL en este nuevo escenario. En el pasado, nuestro enfoque del desarrollo

estuvo altamente marcado por las ideas propuestas por la llamada escuela cepalina, que agrupaba aquella visión estructuralista del acontecer económico, y que proponía la sustitución de importaciones como motor de la industrialización de nuestros países. También enfatizaba la existencia de restricciones estructurales, y de un ambiente internacional que obstaculizaba el crecimiento de las exportaciones, mientras que en el frente interno consideraba imprescindible la participación del Estado para elevar la inversión y promover el desarrollo industrial.

Todos nuestros países fueron influidos en mayor o menor grado por esas ideas que en su momento contribuyeron a homogeneizar el análisis económico y las políticas que se adoptaron en la región. No es este el escenario, ni soy yo el especialista que pueda dar un veredicto sobre esas estrategias, fundamentales para comprender lo que pasó en América Latina y el Caribe entre 1950 y 1980. Diré simplemente que el tiempo y las circunstancias han hecho que varios de sus planteamientos principales se vean hoy obsoletos. Ese factor ha llevado a que la CEPAL, antiguamente sinónimo de vanguardia, sea injustamente vista hoy como asociada con la retaguardia del pensamiento contemporáneo. Y digo injustamente porque todos sabemos del profundo avance que se ha hecho en su modernización, gracias en buena parte al tesón de Gert Rosenthal. No obstante, ese trabajo debe continuar para que la CEPAL vuelva a ser en muchos países un interlocutor válido de los gobiernos, que transmita inquietudes, aliente discusiones y defienda principios.

Hoy, por ejemplo, los países miembros de la CEPAL volvemos a coincidir bajo lineamientos radicalmente diferentes a aquellos que hicieran famoso a este organismo. Hay un acuerdo, diría que general, en torno a temas como el tratamiento a la inversión extranjera, la apertura arancelaria, la redefinición del papel

del Estado o los acuerdos regionales de comercio. Y éste es debido al proceso de estancamiento que vivió América Latina durante los ochenta, que hizo evidente el agotamiento del llamado modelo de desarrollo proteccionista. En medio de la crisis, cuando la mayoría de los países vieron contraerse su ingreso por habitante, brillaron por su ausencia las nuevas propuestas en el continente; faltó liderazgo en nuestros dirigentes, y claridad intelectual en la comunidad académica local.

Pero una vez superados los traumatismos del ajuste, los resultados son alentadores. Después de varios años con índices de crecimiento negativos, América Latina es hoy la segunda región más dinámica del planeta en términos de crecimiento económico. Según el Fondo Monetario Internacional, ésta creció el año pasado un 3.4% y se espera que crezca un 2.8% durante el presente año. Tales cifras demuestran que, si bien no nos encontramos aún en la senda del rápido desarrollo de los países del sudeste asiático, nuestro crecimiento se ha reanudado aun con relativa estabilidad, ya que en 1993, si se excluye a Brasil, la inflación promedio fue de 19%.

Este notable proceso se inició en gran parte con los programas de ajuste de la década pasada, cuyo objetivo inicial e inmediato era recuperar la capacidad financiera de los países para el pago de la deuda externa acumulada antes de 1982. Con el tiempo, éstos se concentraron en la transformación de las estructuras económicas que, en el largo plazo, buscaban acelerar el crecimiento y disminuir la inflación, mediante la desregulación de mercados, la reducción del tamaño del Estado, un severo ajuste fiscal, una liberalización de los diferentes precios de las economías, una apertura del régimen de inversión extranjera y la enajenación de una parte sustancial de los activos estatales.

No quiero defender, ni mucho menos, los programas de ajuste y sus efectos sobre los indicadores sociales y de

distribución del ingreso de buena parte de nuestros países. Diré simplemente que éstos convencieron aun a los más escépticos de la necesidad de poner y tener los asuntos en regla como elemento fundamental para recuperar la dinámica de las economías.

Los resultados demuestran hoy que las economías de la región están mucho más ordenadas y, más importante aún, que la región vuelve a tener porvenir y a recibir la confianza del resto del mundo, requisito indispensable para poder alcanzar cualquier desarrollo a largo plazo.

Todos estos elementos me permiten esbozar una serie de planteamientos algo deshilvanados que espero contribuyan con el desarrollo de la reunión en los días por venir.

El primero de ellos es de naturaleza política. Al tiempo que la región ha adelantado cambios económicos profundos, es necesario constatar una vez más que la democracia rige en prácticamente todo el hemisferio y, que nuestros países buscan adelantar las reformas dentro del régimen de participación ciudadana.

No obstante, también es cierto que en este campo se requiere una intensa labor para afianzar la democracia. Con el correr de los años, en diferentes países se ha hecho evidente que la reforma económica es insuficiente por sí sola para responder a las demandas de sociedades que aspiran a un cambio verdadero. Por esa razón pienso que la apertura económica no logrará mucho si al tiempo no se hace la apertura política. Esta sentencia, claro está, debe exponerse a la luz de las diferentes realidades nacionales. Pero para tratar de globalizar diré que en este fin de siglo, uno de los principales frentes de lucha en las diversas naciones, debe ser el de la búsqueda de una mayor legitimidad en sus sistemas políticos.

Dentro de los muchos temas que semejante reto comprende, se encuentra el del papel del Estado. No en vano, la reestructuración, modernización y fortalecimiento de las instituciones, son aspectos fundamentales de la agenda de los actuales gobiernos. De la misma

manera, el tamaño del Estado se ha vuelto uno de los objetivos preferidos de los analistas. A este respecto diré que creo que en América Latina y el Caribe el Estado debe fortalecerse y no debilitarse. Pero no hacerse poderoso en aquellas áreas, como las actividades productivas, que en el pasado produjeron tantos dolores de cabeza y generaron tantas frustraciones. No. En este continente se requieren instituciones que sean capaces de garantizar la provisión de las necesidades básicas, la educación, la adecuada regulación de las actividades privadas y los servicios de justicia y seguridad ciudadanas. La privatización de empresas es apenas la punta del **iceberg**, diría incluso que en ocasiones un distractor, de una estrategia que debe incluir la reorientación de las funciones estatales hacia campos donde se requiere una activa presencia y participación del sector público.

El más importante de ellos es, sin lugar a dudas, la lucha contra la pobreza. Al tiempo que la iniciativa privada ha ganado un espacio grande en nuestras sociedades, es también evidente que las leyes del mercado son incapaces de solucionar los muchos males que aún nos aquejan, particularmente en el plano social. Incluso en las economías de mejor desempeño, es claro que no hay una relación automática y positiva entre el crecimiento y el desarrollo equitativo. Como bien lo interpreta la CEPAL, el mayor crecimiento no asegura la equidad, y la redistribución económica no lleva necesariamente al mayor crecimiento de las naciones.

Pienso además que las reformas que sean necesarias en este campo son más fáciles de adelantar bajo el nuevo modelo económico imperante actualmente. Esa opinión, estoy seguro, contrasta con aquella que sugiere una especie de dicotomía entre lo económico y lo social, como si los nuevos vientos no pudieran mover los molinos de la lucha contra la pobreza. Tal interpretación, que no dudo en calificar de perversa, desconoce todas las ventajas surgidas de un Estado reformado que puede concentrar sus esfuerzos en la ejecución de planes sociales, en la prestación de los servicios de justicia y seguridad, y en el mejoramiento de la capacidad

regulatoria de sus entidades de control. Dicha visión se contrapone con la de los profetas del pasado que añoran aquel sistema en el cual las energías del sector público se van en mover pesadas burocracias que en su paquidermia sólo piensan en crecer y alimentarse, olvidándose de las verdaderas necesidades de los ciudadanos. Y se contrapone también con la de quienes quieren endilgarle primero al ajuste y luego a la reforma institucional, todas las falencias y la pobreza ancestral de nuestra región.

De tal manera que los nuevos tiempos requieren nuevas estrategias. En Colombia, por ejemplo, hemos venido utilizando la de los subsidios a la demanda. En este país, para ser más concretos, el Estado ya no construye casas. Ahora los ciudadanos de menores ingresos reciben una asignación que les sirve como cuota inicial para la adquisición de su vivienda, escogida dentro de un abanico de alternativas y construida por una firma privada con los debidos criterios de calidad y urbanismo. El dinero que antes se iba en burocracia, le llega a la gente que cuenta ahora con más y mejores casas. El mismo experimento lo hemos repetido en otras áreas con resultados alentadores que muestran que un Estado reformado puede llegarle de mejor manera a sus ciudadanos.

El programa que he citado puede ser, sin duda, mejorado. Estoy seguro de que en el futuro la CEPAL ayudará en el proceso de evaluar, transmitir e intercambiar experiencias para que todos los países sepan adaptar las diferentes iniciativas a su realidad nacional.

Permítanme, dentro de esta rápida enumeración de ideas, referirme brevemente al tema de la educación. He dicho en otras ocasiones que educar es liberar y hoy no dudo en afirmar que el futuro de América Latina dependerá en buena parte de la manera en que la región afronte el reto educativo. De todos es sabido que la inversión en capital humano, y en especial en educación, produce uno de los círculos más virtuosos de la economía. Ayuda al sector empresarial a desarrollar industrias competitivas que generan un mayor valor agregado, mejoran sustancialmente la

productividad laboral y por consiguiente la remuneración de las clases trabajadoras. Pero además la inversión educativa es quizás la principal arma que tenemos para luchar contra la marginalidad, un problema que sigue latente y que es continua fuente de conflictos sociales de toda índole. Por otra parte, la inversión en educación es también una manera de fortalecer la democracia, pues ayuda a que las sociedades sean más abiertas, más participativas y a que las instituciones reciban el apoyo de los ciudadanos.

La reorganización del Estado —de acuerdo con las necesidades específicas de cada país— debe también incluir y priorizar en diferente orden elementos de reforma política tales como la democracia participativa y mecanismos de descentralización en la toma de decisiones locales. Adicionalmente, dentro de la agenda del Estado moderno se encuentran temas tan disímiles como la protección de los derechos humanos, la expedición de normas que aseguren la competencia y racionalidad en la prestación eficiente de los servicios públicos, la consolidación de la capacidad tributaria del Estado, una particular atención al desarrollo de nuestras ciudades y a la explotación de nuestros recursos naturales; al igual que la lucha sin pausa contra la corrupción administrativa y el fortalecimiento de la justicia y la seguridad ciudadana.

Estoy convencido de que el adecuado tratamiento de todos esos temas consolidará la presencia de la democracia en la región y traerá consigo ventajas adicionales para la misma. Y lo digo porque creo que en América Latina y el Caribe una democracia fuerte es para los inversionistas extranjeros sinónimo de estabilidad y garantía para los hombres de negocios. Esa ecuación de confianza que no se aplica en otras partes del mundo ha sido probada en los últimos años y en todas las oportunidades se ha demostrado que la democracia en esta región es también un camino que conduce a la inversión y al crecimiento.

A pesar de la senda recorrida, es evidente que el esfuerzo que se

requiere en materia de reforma institucional sigue siendo inmenso. De tal manera que esperamos contar con la asesoría técnica y el apoyo de las diferentes entidades, tales como el Fondo Monetario Internacional, el Banco Mundial, el Banco Interamericano de Desarrollo y la misma CEPAL.

Otro hecho de singular importancia del cual los gobiernos deben estar conscientes es que, los ajustes económicos, por sí mismos, no producen bienestar o crecimiento. Es verdad que éstos crean las condiciones de estabilidad imprescindibles para un buen desempeño económico. No obstante, el crecimiento mismo es fundamentalmente un producto de que se invierta en la economía en capital físico y humano. De tal manera que no basta con tener la casa en orden. Para lograr el crecimiento, la región debe lograr una mayor inversión tanto foránea como local, apoyada por una mejora en la capacidad de ahorro interno.

Por este motivo, quisiera detenerme en algunos de estos puntos.

De acuerdo con esta concepción, el modelo de desarrollo que se adopte, además de mayor crecimiento, debe conducir a la elevación de la competitividad, a la difusión tecnológica, a la descentralización local de la inversión, y a la formación de capital humano. Sólo así se logra que los beneficios del desarrollo se distribuyan en forma equitativa.

En relación con la acumulación de capital físico, es necesario que nuestros países pongan en marcha políticas que promuevan el ahorro y la inversión productiva. Sin lugar a dudas, éste es uno de los temas menos estudiados por los expertos y uno de los grandes desafíos intelectuales de nuestra época. A este propósito es de recordar que si bien el denominado enfoque cepalino y en general el estructuralismo enfatizó la inversión como fuente de crecimiento, soslayó el impacto de la inversión extranjera y el ahorro interno. Este es un mal crónico de nuestros países que nos impide un mayor crecimiento.

Pero ese mal, tiene cura. Creo firmemente en que buena parte de las

necesidades en materia de inversión en áreas que tradicionalmente han sido de responsabilidad pública en América Latina y el Caribe, pueden lograrse adoptando las políticas adecuadas. En el caso de la infraestructura por ejemplo, se pueden conseguir recursos abundantes para telecomunicaciones o generación de electricidad, con normas sencillas que permitan la entrada del sector privado y fijen un marco tarifario estable. En Colombia, nos hemos movido en ese sentido. La redefinición del espacio del Estado ha logrado estimular el ritmo de inversión privada, la cual creció a tasas anuales superiores al 30% durante los dos últimos años y permitió que las importaciones de bienes de capital se elevaran 85% el año pasado. En cuanto al ahorro interno, esperamos que éste se vea reforzado por la instauración de un régimen de seguridad social basado en la capitalización individual.

Finalmente, con respecto al correcto desempeño de los diferentes mercados, la región ya ha logrado avances significativos a través de la liberalización de los mismos. Por ese motivo, sólo me referiré al mercado laboral. Muchas de las estrictas legislaciones laborales de la región pretenden conceder a los trabajadores beneficios sólo comparables con los otorgados por los países desarrollados. Además, estas legislaciones marginan a un gran número de empleados del mercado formal laboral y le imponen a las empresas cargas prestacionales muchas veces indefinidas. Por estas razones, la reforma de nuestras legislaciones laborales se hace imprescindible para aumentar el empleo, darle transparencia al mercado y aumentar la competitividad de nuestras empresas. Si esto no se realiza, corremos el peligro de caer en la trampa de algunos países europeos donde las legislaciones laborales le han impedido a estas economías salir de la recesión y donde se piensa que aun saliendo de ella, va a ser muy difícil reducir los niveles actuales de desempleo.

Apreciados asistentes a este período de sesiones:

La capacidad de nuestros gobiernos de afrontar adecuadamente los retos de la

actual agenda de desarrollo, se verá sin duda dificultada por desestabilizadoras presiones macroeconómicas.

La primera de ellas es, irónicamente, la causada por el enorme flujo de fondos hacia la región. En el último año, éste ascendió a cerca de 65 mil millones de dólares, el cual combinado con la baja capacidad de absorción de nuestras economías condujo a que casi el 40% de estos recursos se fueran a acrecentar el nivel de reservas internacionales. Las enormes entradas de capitales foráneos han producido enormes revaluaciones en los países con procesos de reconversión exitosos tales como Argentina y México, y en menor grado en Chile y Colombia. De esta manera, como lo insinúa aquel famoso adagio popular de que "no hay mal que por bien no venga", la renovada confianza en nuestras economías es también una de sus fuentes de mayor presión sobre los sectores productivos.

Esta situación nos conduce quizás a la más compleja de las disyuntivas de esta etapa del desarrollo económico de la región. Tal circunstancia se gesta por el hecho de que en momentos de auge, la estabilidad misma de nuestro proceso de desarrollo y en especial de nuestro sector exportador requiera de la generación de superávits del sector público, para que los influjos de capital no le causen daños profundos a nuestro aparato productivo, mientras que por su parte, los procesos de descentralización, las apremiantes necesidades sociales y de infraestructura irán en contravía de la necesaria austeridad fiscal. El balance entre estos dos intereses será complejo y problemático.

Sin lugar a dudas, este hecho que perjudica la competitividad de nuestros productos en los mercados internacionales sólo puede ser contrarrestado, en el corto plazo, con políticas de austeridad fiscal y ortodoxia monetaria, mientras que en el largo plazo la solución es aumentar los niveles de inversión de la economía.

Frente a los países que como China tienen una estructura de salarios muy inferiores a la nuestra, no es viable

pretender competir con bajos costos. Nuestras industrias tienen que moverse hacia la manufactura de productos con componentes cada vez mayores de valor agregado. De ahora en adelante, nuestra competitividad se debe basar en una mayor tecnología, en una mano de obra más cualificada, en una mejor infraestructura, en fin, en un proceso productivo más eficiente.

Esta situación, a su vez, coloca a los países latinoamericanos frente a una de sus mayores encrucijadas. O éstos llevan a fondo las reformas estructurales de sus economías y la reconversión de sus aparatos productivos, intentando así cerrar la brecha con los tigres asiáticos y los países desarrollados, o corren el peligro de quedar en un estado de atraso crónico. En este sentido es fundamental adoptar el espíritu agresivo y optimista de la competencia. Sería indeseable recaer en el fatalismo histórico que nos ha caracterizado.

Para evitar este último insuceso, nada mejor que perseverar en los procesos de integración y liberalización de mercados que venimos desarrollando.

La integración obliga a nuestros productores a adaptarse paulatinamente a la competencia internacional, y brinda claras ganancias en el frente de las exportaciones. Diferentes estudios ilustran cómo nuestros productores han aprendido a exportar con base en los mercados regionales, para luego competir en mercados más competitivos, en los países desarrollados. Se observa, de otra parte, que la dinámica regional ha sido enorme, y que los mercados de los países con los que hemos suscrito acuerdos de integración se han constituido en el principal motor de crecimiento de la demanda externa. Esperamos que hacia el futuro esta tendencia se consolide.

Permítanme de nuevo referirme al caso de Colombia para subrayar cómo en nuestro caso, los acuerdos concluidos y en proceso crearán para nuestros empresarios un mercado potencial equivalente a 11 veces el local y conformado por más de 200 millones de habitantes. Algunos

estudios para Europa calculan incrementos superiores al 30% del PIB como efecto de la integración, y no sería descabellado suponer ganancias similares en el caso de nuestros países.

Por ejemplo, dentro de las exportaciones menores colombianas, las que se dirigen al mercado andino y a otros países de la ALADI representan un 36.5%, proporción que supera a las que van a Estados Unidos, nuestro mercado individual más importante. Aparte de ello, entre 1990 y 1993 las ventas a estos mercados del subcontinente crecieron a tasas de más del 50%, o sea, 10 veces más que las exportaciones menores a otros destinos.

Analizando individualmente por países con los que hemos suscrito acuerdos comerciales resulta interesante que con Venezuela, nuestro intercambio comercial alcanzó los 1 600 millones de dólares en 1993, cuando en 1990 apenas superaba los 520 millones de dólares. De la misma manera, con Ecuador, comerciamos en 1993 430 millones de dólares, cuando en 1990 el intercambio fue apenas de 120 millones de dólares.

Los éxitos alcanzados hasta el momento en materia de integración regional no deben oscurecer el norte de nuestra política global, ya que todos los acuerdos bilaterales o trilaterales firmados deben apuntar hacia un esquema único de integración hemisférica. Además, no basta con la conformación de un mercado único, y debe insistirse en la conveniencia de contar con posturas internacionales conjuntas frente a los países de otras regiones con los cuales comerciamos. Siempre he visto todos los procesos de integración que se están dando en nuestro continente, tales como el TLC de América del Norte, el G-3, el Mercado Común Centroamericano, el CARICOM, el Pacto Andino, y MERCOSUR, así como tantos otros de naturaleza bilateral, como esfuerzos verdaderamente convergentes que nos conducen hacia el objetivo común de articular una gran zona hemisférica de libre comercio.

Construir el rompecabezas de lo que constituirá un mercado único desde Alaska hasta la Tierra del Fuego,

requerirá de gran voluntad política y de un verdadero compromiso por parte de todos los países del hemisferio.

La aprobación del Tratado de Libre Comercio de América del Norte nos ha renovado las esperanzas sobre la creación, más temprano que tarde, de una zona de libre comercio hemisférica, mientras que la culminación de la Ronda de Uruguay no sólo garantiza la permanencia del sistema multilateral de comercio, sino que aporta la confianza y la estabilidad requeridas para que la economía mundial avance hacia su definitiva recuperación.

El hemisferio debe convertirse más pronto que tarde, en un bloque económico fuerte que nos permita mantener un diálogo político, intercambio y cooperación con otros lugares de la tierra tales como la Unión Europea y la región del Asia Pacífico. Para tal fin, debemos estimular la puesta en práctica de la estrategia que quizás mejor sirva a los intereses de todos: me refiero al regionalismo abierto.

El concepto de "integración abierta" que comparte Colombia se encuentra presente en los muy interesantes documentos elaborados por la CEPAL para esta reunión, es compatible con la apertura económica y considera la conformación de grandes bloques continentales como un hecho quizá inevitable en el mediano plazo.

Apenas hemos dado los primeros pasos, sin embargo, y la comunidad académica debe contribuir, hoy más que nunca, a encontrar soluciones que nos permitan avanzar satisfactoriamente en el futuro próximo. Los retos son hoy mayores: la economía mundial crece menos, la movilidad de capitales se acentúa, y los países desarrollados se muestran más exigentes frente a los subsidios a las exportaciones y a los temas de propiedad intelectual. Más preocupante todavía es la tendencia creciente a insistir en usar la cláusula social del documento final de la Ronda Uruguay del GATT como argumento para condicionar el comercio.

Señoras y señores, amigos de la CEPAL:

"La aceleración del desarrollo no es una tarea fácil. No es fácil ninguna de las tareas primordiales en el período de transición hacia un ritmo más elevado. Se necesita una verdadera disciplina de desarrollo en la competencia, en el comercio recíproco, en la promoción de las exportaciones, en la acumulación de capital y en la acción del Estado para impulsar con decisión las transformaciones que se requieran". Tales palabras, escritas por Raúl Prebisch hace cerca de 25 años, conservan hoy igual validez a la de entonces. Los tiempos son diferentes, los instrumentos también, pero las metas y los principios siguen siendo los mismos.

Más aún. Cuando miro alrededor y veo el esfuerzo de tantos países de esta región, empeñados en cambiar y modernizarse, creo que el objetivo de acelerar el desarrollo es perfectamente posible. Los retos son grandes, diría incluso que inmensos, pero como anotaba Prebisch "la racionalidad y la previsión son indispensables tanto para transformar, como para volver a construir".

De manera que yo los invito a continuar trabajando, a seguir creyendo, a no desfallecer y a perseverar, en la edificación de una región más próspera para beneficio de todos los pueblos de América Latina y el Caribe. Lo digo a la sombra de estas murallas centenarias, en esta Cartagena poblada por fantasmas de corsarios y de aventureros, que le enseñó al mundo hace muchos años que una plaza fuerte puede ser derrotada, pero no se rinde.

Hoy, cuando los fragores de los cañones y las alabardas se han ido con el viento del Caribe, esta ciudad nos ha dejado como lección que no hay pared más inexpugnable que la voluntad de un pueblo. La misma voluntad que hoy le asiste al continente americano, para buscar el camino, para encontrar nuevas soluciones y para demostrarle al mundo que esta región vuelve a tener en sus manos la llave del futuro con la cual se abre la puerta del progreso.

Muchas gracias."

INTERVENCION DEL MINISTRO DE COMERCIO EXTERIOR DE COLOMBIA, JUAN MANUEL SANTOS

"De nuevo Cartagena fue el escenario de un hecho importante en la historia de América. Durante una semana, primero a nivel técnico y después a nivel ministerial, los asistentes a la XXV Conferencia Ministerial de la CEPAL, abordaron con admirable esfuerzo y aplicación la vasta problemática social y económica de nuestro continente.

Pocos lugares existen en América tan apropiados para esta reflexión como Cartagena. Tantas veces sitiada, defendida por valerosos hombres y

mujeres que ofrecieron su vida y con su sangre abonaron el devenir de la humanidad, las murallas y las puertas de esta gran ciudad, simbolizan la libertad y la opresión en la historia. Porque quienes la defendieron o quienes la atacaron con sus cañones y barcos, luchaban en el fondo por territorios geográficos que entrañaban posesiones económicas. Más que la lucha entre dos imperios, el inglés y el español, el testimonio de estas murallas es el de la eterna confrontación entre las naciones, grandes o pequeñas, para acceder a los

mercados. Fue así como Cartagena, tras derrotar a todos sus atacantes, aun a costo de tener sus habitantes que disputarles sus miserias a las ratas, finalmente tuvo que permitir que cada año llegara desde Inglaterra un gran bergantín, denominado El Fijo, que vendía libremente en la ciudad la variada producción manufacturera de una Inglaterra que avanzaba hacia la primera revolución industrial de la humanidad.

Sucedió esto cuando la diplomacia económica de los países era con la voz

de los cañones. Ahora la confrontación es democrática, y los conceptos de eficiencia y productividad son los que ganan las guerras y derriban las murallas de las naciones. Hasta el muro de Berlín o la gran muralla china, milenar fortín del país más xenófobo de la tierra, se derrumbaron ante el empuje incontenible del libre mercado, de la inversión extranjera y de toda la parafernalia de un mundo que aunque cuestionado con razón por su apetito de consumo o por sus desigualdades sociales, es hasta ahora el único lugar propicio y posible para la libre felicidad humana.

Entonces la historia dirá que aquí en Cartagena, ahora ciudad emblema de la integración y no de la confrontación, renace una nueva CEPAL para recobrar la tan merecida influencia que ha ejercido sobre América Latina. Es nueva porque al asumir la urgencia de insertar a nuestros países en las grandes corrientes contemporáneas de comercio, y al liderar con renovado brío la lucha contra la pobreza, la CEPAL retoma el corazón palpitante de los grandes temas de la América Latina de hoy. Una América Latina que libra una doble y ardua batalla porque al tiempo que lucha para acortar la distancia que nos separa de los países industrializados, tiene que hacer un esfuerzo aún mayor para cerrar la brecha que separa a los millones de pobres de los pocos ricos en nuestros países. Un continente que en cada amanecer abre nuevos caminos de desarrollo pero que corre el riesgo de ver el progreso de ese día estropeado por la pobreza que aflige a su gente.

Esta nueva CEPAL se incorpora a las realidades de un mundo globalizado pero que por fortuna comprende que ningún progreso es sano si está viciado por la insatisfacción de las necesidades básicas de sus habitantes. Conoce esta renovada Comisión igualmente, la amarga experiencia de muchos años de confrontaciones violentas que tanto daño le hicieron a América Latina. Por ello es una CEPAL capaz de jalonar ahora el nuevo modelo económico cuyos mayores esfuerzos tienen que dirigirse a evitar a toda costa que se perpetúen las condiciones que puedan propiciar las

confrontaciones sociales violentas. Una CEPAL destinada a acompañar un proceso económico generador de riqueza, pero consciente de que la inversión más rentable es aquella que busca crear mejores condiciones para todos los latinoamericanos.

Señores delegados:

Los temas que hemos tratado a lo largo de esta reunión, la integración abierta, la modernización productiva y los aspectos sociales que deben vincularse a estas políticas, son realmente los temas cruciales que preocupan a la región. Debe darse un enorme mérito a la CEPAL, por su elección del temario para este período de sesiones y por los excelentes documentos elaborados como base para la discusión técnica.

Nuestros países emprendieron en los últimos años una serie de reformas estructurales de sus economías, la mayoría ya en una etapa de consolidación. Hemos visto la necesidad de integrarnos al concierto de una economía global como la única alternativa para lograr los ritmos de crecimiento necesarios para enfrentar las necesidades de nuestros pueblos. Como parte de esta nueva estrategia de desarrollo, hemos puesto la mirada simultáneamente en el resto del mundo y en la propia región. Se ha identificado el enorme potencial que presenta la integración como trampolín para lanzar una estrategia de inserción en la economía mundial. La evidencia de esto son los acuerdos intrarregionales que buscan fortalecer los lazos de comercio entre grupos de países. Al mismo tiempo, se ha comprendido la necesidad de tener un marco multilateral para ampliar nuestros horizontes comerciales en un escenario de mayor estabilidad y claridad en las reglas del juego. De ahí la entusiasta participación de América Latina en la Ronda Uruguay, cuyos acuerdos acaban de firmarse en Marrakech.

A lo largo de este proceso de cambio, surge el reto de lograr que esta nueva relación con el resto del mundo se convierta realmente en fuente de crecimiento y bienestar. Porque si bien la internacionalización de las economías es necesaria para lograr un crecimiento sostenido, surgen

inquietudes que precisamente se resumen en los tres temas de esta reunión:

La primera de ellas, es cómo "integrar la integración": es decir, cómo lograr la confluencia coherente de esta serie de acuerdos regionales. La construcción de este complejo rompecabezas puede parecer caótico y difícil. Los aportes de la CEPAL en este sentido serán muy valiosos.

La segunda, cómo adecuar nuestras economías para que puedan competir en las exigentes condiciones actuales, en las cuales la tecnología y el conocimiento son la clave del éxito. Las propuestas concretas que hace la CEPAL sobre el apoyo a las exportaciones, las políticas industriales o de desarrollo productivo, y la importancia que le da a un adecuado manejo macroeconómico en la actual coyuntura, deben servir de guía a los gobiernos, adaptándolas cada cual a sus condiciones particulares.

La tercera inquietud, y yo agregaría la más importante, se refiere a cómo incluir en las políticas económicas el componente social para garantizar que los beneficios de las reformas lleguen a todos los segmentos de la sociedad, y que sus eventuales costos no tengan un impacto negativo sobre los sectores más vulnerables. El enfoque **integral** de la CEPAL, que establece la imposibilidad de desvincular la política económica de la social, y su insistencia en la importancia del concepto de equidad cuando se habla de transformación productiva, es precisamente el tipo de equilibrio que queremos alcanzar aquí en Colombia. El énfasis en los aspectos sociales es también esencial para consolidar la democracia en la región, pues como bien se ha dicho, la libertad política constituye el avance más importante y positivo entre los muchos cambios vividos en la última década.

Integrar la integración

El tema de la integración ha sido prioritario en la labor del primer Ministerio de Comercio Exterior de Colombia. Hemos concentrado gran parte de nuestro tiempo y esfuerzo en negociar acuerdos de integración. Al finalizar este gobierno, el próximo

7 de agosto, Colombia estará integrada a través de acuerdos de libre comercio con 22 países, que representan más de la mitad del PIB latinoamericano.

Se ha concebido esta integración en los mismos términos a los que plantea la CEPAL. La nuestra también la hemos llamado **abierta**: abierta frente al resto de países, pues se liberó el comercio al interior de los acuerdos regionales, y al mismo tiempo se rebajaron los niveles de protección arancelaria frente al resto del mundo. La integración la hemos concebido además como una más de nuestras políticas de inserción en la economía mundial, como un instrumento para mejorar nuestra competitividad, como una ampliación de los mercados para nuestros productos, y como un medio para mejorar la asignación de los recursos no sólo al interior del país, sino regionalmente para enfrentar al resto del mundo.

En este necesario proceso de convergencia hacia un gran acuerdo hemisférico las piezas del rompecabezas comienzan a encajar. Fíjense ustedes cómo el tratado entre las economías del norte conocido como TLC en español, NAFTA en inglés o ALENA en francés, como nos lo recordó el Embajador Blanca, puede convertirse en el catalizador del esfuerzo integrador de la región. Sus características de un acuerdo amplio, que contempla temas diferentes al puramente comercial y abierto al acceso de otros miembros, lo asimilan mucho a los requisitos que propone la CEPAL como aconsejables para garantizar que las ventajas de la integración se extiendan a toda la región.

El aporte de la CEPAL será también de gran utilidad. Su posición privilegiada de observador imparcial de todos los procesos nacionales, sumada a su capacidad técnica, la deben convertir en la brújula, que no sólo nos señale el norte a donde debemos llegar, sino cómo llegar a él.

Transformación productiva

Las nuevas condiciones de competencia frente al resto del mundo han puesto de relieve la paradoja sobre la capacidad de nuestros sectores

productivos para asumir los retos de una economía global. América Latina y el Caribe se encuentra actualmente en una encrucijada peligrosa: ya no es competitiva en productos intensivos en mano de obra barata, porque han surgido países como China, India o Pakistán con salarios mucho más bajos. Esto les ha permitido conquistar mercados en sectores donde hasta hace unos años éramos importantes abastecedores. La región tampoco compete actualmente con la sofisticación de sus productos pues carece de las capacidades de diseño y alta tecnología que se requieren para diferenciarse en los mercados más exigentes. Si no salimos de esta encrucijada seguiremos perdiendo importancia en el mercado mundial. La CEPAL muestra en sus documentos que la participación de América Latina en el total de las exportaciones mundiales ha pasado del 7.7% en 1960 al 5.5% en 1985 y al 3.7% en 1992.

La solución consiste en elevar la productividad, mediante la incorporación de procesos y sistemas más avanzados. En esa forma se podrán pagar salarios cada vez más elevados y desarrollar paulatinamente nuevas capacidades para desenvolverse en un mundo cada día más competido. Los productos diferenciados que utilizan mano de obra calificada, que aprovechan las tecnologías modernas, son los que encuentran demandas más dinámicas. Por tener un mayor valor agregado son menos vulnerables a los altibajos de los cambiantes mercados mundiales. No podemos elegir la estrategia de competir con bajos salarios, a costa del empobrecimiento de nuestros pueblos, ni tampoco a costa del estímulo artificial de una tasa de cambio subvaluada que es, en últimas, otro reflejo del mismo empobrecimiento. Nos llegó la hora de hacer frente al despertar del dragón dormido del que advirtiera Napoleón.

En la búsqueda de una mayor productividad se necesitan políticas activas en varios frentes: acciones al interior de las empresas, acciones del gobierno para crear una infraestructura apropiada, acciones para buscar mayor eficiencia en el mercado financiero, como bien lo señaló el presidente del BID, acciones para mejorar la calidad y el acceso a

la educación así como un gran esfuerzo en la capacitación de la mano de obra. También se necesita lo que aquí se ha denominado una concertación social entre gobiernos, empresarios y trabajadores. Yo incluiría además otros estamentos de la sociedad como los educadores y los medios de comunicación para llegar a un gran consenso: el consenso de la productividad. Las lecciones del sudeste asiático deben servirnos de guía.

El anterior análisis recoge varios ingredientes de un diagnóstico que sobre la competitividad de la economía colombiana realizaron recientemente expertos internacionales orientados por el Profesor Porter de la Universidad de Harvard. Es interesante resaltar su gran coincidencia con el enfoque de la CEPAL y constatar que esta institución, tan cuestionada por su supuesto rezago intelectual, viene desarrollando este tema desde hace más de cuatro años con una enorme coherencia y solidez conceptual.

El componente social

El enfoque de la CEPAL tiene además la virtud de vincular los aspectos sociales a las consideraciones económicas. Una distribución equitativa de los beneficios del nuevo modelo de desarrollo es indispensable para que tenga éxito, pero sobre todo para que perdure. El proceso pierde legitimidad si toda la sociedad no se siente partícipe. Tal concepción integral es un ingrediente que generalmente está ausente en los estudios de los consultores internacionales.

El vínculo que hace la CEPAL de los dos temas, el social y el económico a través de la educación, resulta especialmente interesante y oportuno. Como dijo el Presidente Gaviria al inicio de esta reunión, la educación produce uno de los círculos más virtuosos de la economía. Con la educación mejoramos nuestra capacidad para competir, aprovechamos cabalmente el potencial de las nuevas tecnologías, elevamos los ingresos de los sectores menos favorecidos, ampliamos las posibilidades de realización personal del individuo, y creamos mejores

ciudadanos que exigirán y velarán por la profundización de la democracia, todavía débil en algunos países.

Una nueva CEPAL

Debemos sentirnos muy satisfechos con esta reunión. La CEPAL recupera su relevancia en América Latina al sintonizarse con las nuevas corrientes contemporáneas de pensamiento y al abordar los temas que constituyen la agenda política y económica en todos y cada uno de nuestros países.

Hace dos años, también aquí en Cartagena, se reunió la Octava Conferencia de las Naciones Unidas para el Comercio y el Desarrollo (UNCTAD). En esa reunión, que también tuve el honor de presidir, se cristalizó una gran transformación de este organismo, en lo que se acuñó en ese momento como el "espíritu de Cartagena". La entidad pasó de ser un foro de confrontación entre el Norte y el Sur, a ser una entidad de cooperación entre los países para alcanzar objetivos comunes. Aquí hemos tenido en estos últimos días también presente ese "espíritu de Cartagena", porque ha cristalizado una nueva versión del pensamiento "cepalino", una visión del desarrollo de la región más justa y equitativa, y por consiguiente más efectiva y perdurable.

Quisiera hacer referencia a un punto que mencionó la delegación de México al inicio de la sesión ministerial. Si bien podemos sentirnos muy satisfechos por los resultados de esta reunión, de donde la CEPAL sale fortalecida y con un nuevo ímpetu, debemos aprovechar estos vientos

renovadores para cambiar también el formato de estas reuniones ministeriales. Creo que podría ser todavía más interesante, y sobre todo más ágil y más productivo, romper con el esquema tradicional de Naciones Unidas donde cada delegación hace una declaración de principios, generalmente repetitivos, para darle espacio a un mayor intercambio de ideas y de experiencias a través de debates sobre un reducido número de temas. Como presidente me atrevo a sugerirle a nuestro amigo Gert Rosenthal que estudie y nos proponga un nuevo esquema de trabajo para la próxima reunión.

Por último, deseo agradecerles a todos ustedes su presencia en nuestra ciudad heroica, a la Secretaría de la CEPAL y a mis colegas en el Ministerio de Relaciones Exteriores por la impecable organización de esta histórica reunión.

Señores delegados:

La Cartagena de puerto bullicioso, de pintorescos mercados y de sigilosos zaguanes e imprevisibles laberintos, como la acaba de describir nuestro Premio Nobel Gabriel García Márquez en su fresco y espléndido último libro, los acogió a ustedes con su tradicional generosidad y grandeza pero con el interés de dejarles para siempre la impronta de su espíritu de libertad y progreso.

Aquí escuchamos las intervenciones de los distintos Ministros y Jefes de Delegación de los países de América Latina y el Caribe. Fueron las voces de un continente mestizo, crisol de lenguas, creencias e ideologías, que

aquí en América alcanza la mayor y más rica diversidad humana.

No nos reunimos para hablar de los mágicos sueños de este continente en busca de su propio destino. Discutimos la profunda, larga y ancha realidad de un espacio geográfico donde más de la mitad de la población vive en estado de pobreza. De lo que se trata entonces es de despejar para todos, pero sobre todo para los pobres, un mejor porvenir.

América Latina y el Caribe viven uno de sus momentos más desafiantes. Las inmensas oportunidades que se nos presentan, se contrastan con cifras aterradoras como la de ochocientos mil muertes fácilmente evitables con un mínimo esfuerzo en mejorar los servicios de salud.

Es aún cierta, quinientos años más tarde, aquella sentencia del cronista de Indias, Fray Pedro Simón, cuando en las cumbres de los Andes afirmara que nuestra exuberante abundancia se marchitaba con la ferocidad de sus miserias.

Surge en Cartagena de Indias una CEPAL comprometida con el más moderno concepto del desarrollo. Basta ya de hablar de Cepalinos o de Neoliberales. Es un enfrentamiento anacrónico, donde las diferencias son más inventadas que reales, y no obedecen al nuevo paradigma que aquí estamos construyendo. Porque hemos encontrado un rumbo común que por fin puede llevar a nuestros pueblos por el sendero del progreso, la justicia y la concordia. Los invito a no desfallecer en este empeño."

EXPOSICION DE GERT ROSENTHAL, SECRETARIO EJECUTIVO DE LA CEPAL

"Sean mis primeras palabras para expresar nuestro reconocimiento al pueblo y al Gobierno de Colombia y, en especial, al Presidente César Gaviria.

— Primero, por el constante apoyo que han brindado a las Naciones Unidas en general, y a la Comisión Económica para América Latina y el Caribe en

particular, como lo manifiestan su activa y constructiva participación en nuestros foros, su actitud solidaria para con la Secretaría y su demostrada vocación por la cooperación internacional.

— Segundo, por haber colaborado tan estrechamente con la Secretaría en los aspectos sustantivos y organizativos

de la preparación de este encuentro. La eficiencia con que se desarrollaron las actividades a nivel técnico de este vigésimo quinto período de sesiones da testimonio del extraordinario ahínco y dedicación de nuestros anfitriones. El apoyo que hemos recibido de la Ministra de Relaciones Exteriores, Noemí Sanín de Rubio y del Ministro de Comercio Exterior,

Juan Manuel Santos, así como de sus colaboradores, compromete nuestro sincero reconocimiento.

– Tercero, por su feliz iniciativa de convocarnos a Cartagena de Indias, donde las modernas e impecables instalaciones de este Centro de Convenciones se conjugan con el aura de tiempos pasados y el recuerdo de distintas épocas históricas de este crisol que es la región de América Latina y el Caribe. Resulta difícil imaginar un escenario más acogedor que el que nuestros amigos colombianos han puesto a nuestra disposición, realzado por el calor humano tan propio de ellos.

Por todo esto, y por la presencia del Presidente Gaviria entre nosotros: muchísimas gracias.

Señor Presidente,
señoras y señores delegados:

Hace ya cuatro años que concluyó la década de la gran crisis del desarrollo latinoamericano. Esta dejó entre sus muchos legados la profundización del conocimiento en los ámbitos de la gestión macroeconómica y de la modernización productiva, pero, como contrapartida, un importante cúmulo de rezagos sociales que afecta a una proporción significativa de la población latinoamericana y caribeña. Nuestra Secretaría se ha propuesto capitalizar ese legado y poner a disposición de los formuladores de política elementos de juicio que faciliten la superación de la crisis y de esos rezagos sociales. Nuestra respuesta, cuya entrega inicial vio la luz también hace cuatro años, está contenida en el planteamiento titulado Transformación productiva con equidad. Este era apenas el inicio de una nueva etapa de reflexión sobre cómo abordar, con un enfoque sistémico, la compleja tarea de crecer, distribuir, defender el medio ambiente y consolidar la democracia, todo ello de la manera más simultánea posible. Señalamos entonces, y lo reiteramos ahora, que la posibilidad de cumplir todas esas tareas depende decisivamente de una mejor inserción de los países latinoamericanos y caribeños en la economía mundial.

Al emprender aquel proceso de reflexión, la Secretaría no sólo

pretendía satisfacer una necesidad objetiva, dado el ambiente de perplejidad que generó el cuestionamiento de estrategias de desarrollo impugnadas por nuevas realidades. También buscaba retomar el papel institucional que históricamente ha correspondido a la CEPAL –la Secretaría y su principal foro intergubernamental– como una instancia orientadora del desarrollo latinoamericano y caribeño.

Mucho se ha avanzado en estos cuatro años, tanto en el esclarecimiento de ideas como en el logro de metas concretas.

– En cuanto a lo primero, hoy entendemos mejor que antes los elementos centrales de una buena gestión macroeconómica, el efecto regresivo de un ajuste desordenado y recesivo, la importancia de la política microeconómica, el vínculo entre desarrollo y medio ambiente, así como la naturaleza de la innovación y su aplicación al proceso productivo. También se ha ahondado en el análisis de las complementariedades y las oposiciones entre políticas que buscan el crecimiento y aquellas centradas en la equidad.

– En lo que se refiere a las metas, el panorama económico de la región ha cambiado considerablemente en los últimos años. En distinto grado entre un país y otro, los desequilibrios macroeconómicos característicos del decenio anterior comenzaron a ceder; la transferencia negativa de recursos financieros se convirtió en una afluencia neta de capitales externos; el sector exportador creció y se diversificó, y la actividad económica en su conjunto exhibió un modesto repunte, sobre bases cualitativamente distintas de las que existían hace apenas unos años. Así, el ambiente de abatimiento de los años ochenta ha dado paso a la efervescencia de los noventa.

Nuestra institución, y en especial este foro, ha influido sobre estos acontecimientos, y a la vez ha recibido su influjo, al interpretar la naturaleza de los fenómenos en curso, recoger las riquísimas experiencias que se han dado en los diversos países de la región y ponerlas a disposición de todos, y asimismo al formular

propuestas de acción para acceder al desarrollo y promover la cooperación intrarregional e internacional.

Sin embargo, así como los avances en el desempeño económico resultaron insuficientes y parciales, la tarea de **aggiornamento** de nuestro marco conceptual está muy lejos de haber concluido. Es más, esa labor debe concebirse como un proceso permanente, sobre todo ante la necesidad de adaptar el pensamiento económico a las rápidas mutaciones que América Latina y el Caribe enfrentan dentro de la región y, más importante aún, en el resto del mundo.

Es por eso que en esta ocasión hemos elegido continuar nuestra reflexión colectiva con un tema de especial relevancia para América Latina y el Caribe: los requerimientos que cada país de la región debe cumplir para interactuar dinámicamente con el resto del mundo. Este aspecto ya fue objeto central de atención en los planteamientos pioneros de la CEPAL y en muchos de sus trabajos posteriores. Sin embargo, la vinculación económica externa adquiere hoy un significado radicalmente distinto del pretérito, en el contexto de la globalización de la economía.

Nuestra indagación fue guiada por dos vectores: primero, la interacción de cada país latinoamericano y caribeño con los demás en el ámbito de la integración regional (y, eventualmente, hemisférica); segundo, la interacción de cada uno de ellos con la economía extrarregional. Ambos temas están íntimamente interrelacionados, ya que los compromisos integradores contemporáneos pueden y deben contribuir a mejorar la inserción internacional de los países de la región, a la vez que una mayor participación en la economía internacional tendrá que fortalecer los vínculos intrarregionales de interdependencia económica.

Durante la fase técnica, la Secretaría ya ha tenido la oportunidad de exponer el contenido de los dos documentos principales sometidos a la consideración de este período de sesiones. Sin embargo, quisiera insistir sobre seis aspectos cuyo esclarecimiento consideramos imprescindible. Estos no sólo son

cruciales para el futuro desarrollo de los países de la región, sino que se ubican en un espacio insuficientemente explorado: el de la intersección de las políticas de corto plazo con las de mediano y largo aliento.

En **primer** lugar, tal y como hemos venido insistiendo desde 1990, el logro de la competitividad internacional —como requisito ineludible para crecer sostenida y sustentablemente y mejorar la distribución del ingreso— exige un enfoque sistémico. Dicho de otra manera, es necesario superar múltiples escollos en forma simultánea, dentro de las empresas y también del sistema socioeconómico y físico en que éstas se insertan. Es por eso que en el documento que hemos aportado a este período de sesiones sobre políticas para mejorar la inserción de América Latina y el Caribe en la economía internacional, abordamos tanto la política macroeconómica como las micro y meso económicas, combinadas ambas con la política comercial. Por ejemplo, al examinar las riquísimas experiencias que se han dado en la región en el ámbito de la política comercial, centramos la atención no sólo en su contenido específico y su horizonte temporal de aplicación, sino también en su articulación con otras políticas macro y microeconómicas.

En ese orden de ideas, la modernización de las políticas comerciales no se agota con la progresiva eliminación de las restricciones a la importación. Junto con ello es necesario formular una estrategia de integración a los mercados internacionales e instrumentarla mediante un conjunto de orientaciones y medidas coherentes que, con vigor y persistencia, favorezcan las actividades productivas de bienes y servicios con potencial exportador, faciliten la reestructuración de la base sustitutiva de importaciones y mejoren la competitividad sistémica.

En **segundo** lugar, un tema en el que hasta ahora no se ha profundizado lo suficiente en el marco sistémico aludido es el vínculo entre las políticas comercial y la financiera —o bien, si se prefiere, entre la cuenta corriente y la cuenta de capital del

balance de pagos—, vista la innegable influencia de los ingresos de capital sobre la eficiencia en la asignación de recursos por intermedio de dos variables claves: el tipo de cambio real en el mercado cambiario y la tasa de interés real en el mercado monetario. Nuestra conclusión indica que, en general, la liberalización del comercio y la del mercado financiero interno deben preceder a la liberalización de la cuenta de capital, y que en todo caso, previamente a ésta cabría cumplir algunos requisitos atinentes a la coherencia global de la política macroeconómica y a la regulación de los mercados financieros.

En **tercer** lugar, el vuelco de la tendencia del financiamiento externo neto no siempre se ha reflejado de manera proporcional en los niveles de inversión. En años recientes, el crecimiento del coeficiente de inversión fue significativamente más bajo que el incremento del ingreso de recursos externos, porque una parte de éstos debió destinarse a compensar el deterioro de los términos del intercambio, y otra se utilizó para financiar un mayor consumo, en particular de bienes importados.

En **cuarto** lugar, América Latina y el Caribe deben prepararse para actuar en la economía internacional tal como ésta es, y no como quisieran que fuese. En este sentido, si bien es evidente que el esfuerzo exportador de los países de la región sería facilitado por una coyuntura externa favorable, con una economía internacional en expansión, un régimen comercial abierto y transparente y un acceso adecuado tanto al financiamiento como a la tecnología, ello no obsta para que el contenido y alcance de las políticas internas destinadas a mejorar la inserción en la economía mundial también desempeñen un papel fundamental. Esta es otra forma de decir que mejorar la inserción internacional de las economías de la región depende tanto de la coyuntura externa —sobre la que acaso sólo podemos influir marginalmente— como del esfuerzo interno y regional, que sí admite la puesta en práctica de acciones y estrategias deliberadas y concertadas.

En **quinto** lugar, al superarse el debate de antaño en el que los países en desarrollo atribuían el pobre desempeño de sus economías a la desfavorable coyuntura internacional, en tanto que las naciones desarrolladas lo imputaban a una gestión económica deficiente, se amplía el potencial de las Naciones Unidas para contribuir a la cooperación internacional. Esto es posibilitado por un ambiente que contrasta con el generado por aquel debate y por el tono de denuncia que lo acompañaba, que frecuentemente contribuía a la polarización de posiciones en detrimento de una constructiva cooperación.

En **sexto** lugar, de las anteriores consideraciones surge nuestro planteamiento sobre la integración latinoamericana y caribeña. En el fondo, en la propuesta que hemos denominado "regionalismo abierto" para América Latina y el Caribe, hemos procurado conciliar el objetivo de mejorar la inserción de los países de la región en la economía mundial con el del pleno aprovechamiento del potencial de la integración económica intrarregional; en otras palabras, promover una integración que resulte funcional para mejorar la inserción internacional. Eso exige, sobre todo, prestar especial atención a las características de los compromisos integradores, ya que no cualquier acuerdo subregional o bilateral cumple con ese requisito.

Cabría aclarar, sin embargo, que el tipo de integración que proponemos es igualmente válido en una economía internacional más abierta y transparente que ante un mundo fragmentado en agrupaciones de países. Evidentemente, aspiramos a que se materialice el primero de estos escenarios, caso en el que los compromisos integradores constituirían los cimientos de un mundo libre de proteccionismo y de trabas al intercambio de bienes y servicios. Pero si ese escenario no llegara a darse por razones fuera del control de los países latinoamericanos y caribeños, proponemos que, por lo menos, la región misma se configure como una de esas agrupaciones para compensar algunos de los costos de un aislamiento aún mayor. El punto principal es que el "regionalismo

abierto" permitiría a la región prepararse para una economía internacional abierta y transparente, sin renunciar a la posibilidad de utilizar la integración como mecanismo de defensa, si llegara a ser necesario.

Antes de concluir, debo recordarles que nuestra agenda no se limita a la interacción de cada país latinoamericano y caribeño con la región y con el mundo. También comprende otros temas que atañen más de cerca a la preocupación por que la transformación productiva se conjugue con la equidad. Así, nos abocaremos a presentar las aspiraciones colectivas de los países de la región ante la Cumbre Mundial sobre Desarrollo Social. Los objetivos de esa reunión coinciden con prioridades enunciadas en el pasado por la CEPAL, sobre todo en los ámbitos de la integración social, la generación de empleo y el combate contra la pobreza. Pienso que América Latina y el Caribe tienen mucho que aportar al éxito de esa conferencia, tanto en el aspecto analítico como en el de las experiencias prácticas. Asimismo, se espera que los resultados de la Cumbre legitimen la consideración de la equidad como una variable en el proceso de desarrollo.

En ese mismo orden de ideas, se someterá a la consideración de ustedes

el Anteproyecto de Plan de Acción Regional Latinoamericano y del Caribe sobre Población y Desarrollo, fruto de varios encuentros subregionales y regionales realizados durante los últimos seis meses. Este documento habrá de complementar el Consenso Latinoamericano y del Caribe sobre Población y Desarrollo aprobado durante la Reunión Regional Latinoamericana y Caribeña Preparatoria de la Conferencia Internacional sobre la Población y el Desarrollo.

Asimismo, hemos continuado nuestra reflexión sobre cómo conciliar los objetivos de crecimiento y la equidad en un trabajo elaborado conjuntamente con la Organización Panamericana de la Salud, en el que se analizan los vínculos entre salud, transformación productiva y equidad. Esta tarea se enmarca en la preocupación por la inversión en recursos humanos ya planteada en trabajos anteriores que abordaban la educación y el conocimiento, y confiamos que facilitará una revalorización sobre la importancia de la salud en el proceso de desarrollo.

Señor Presidente,
señoras y señores delegados:

No obstante los múltiples obstáculos que dificultan el desarrollo en América Latina y el Caribe, hoy también existe una constelación de

factores potencialmente favorables que podrían darle un notable impulso. Entre éstos se destacan la progresiva asimilación de lo aprendido a raíz del esfuerzo por aumentar y diversificar las exportaciones; la mejoría en la calidad de la gestión macroeconómica; la posibilidad de llenar lo que hasta ahora ha sido un vacío en el instrumental de políticas públicas de la región —la aplicación de políticas micro y mesoeconómicas— destinadas a aumentar la productividad de acuerdo con las mejores prácticas internacionales; el renovado acceso al financiamiento externo y el auge experimentado por la cooperación económica intrarregional.

La posibilidad de aprovechar estos factores y capitalizar los considerables logros de los últimos años da sentido a nuestro debate, que permitirá aclarar ideas y ofrecer orientaciones para la acción. Así, este encuentro en Cartagena de Indias nos brinda una nueva oportunidad para que nuestra Secretaría interactúe con sus gobiernos miembros y contribuya a impulsar tanto al proceso de desarrollo como la cooperación internacional. Hoy nos proponemos dar un paso más en esa dirección, inspirados por la presencia de tan dignos representantes de nuestros Estados miembros y del Gobierno de Colombia."

NACIONES UNIDAS

UNITED NATIONS



NATIONS UNIES

Comisión Económica para América Latina y el Caribe
Servicios de Información
Edificio Naciones Unidas
Avenida Dag Hammarskjöld
Casilla 179-D
Santiago de Chile

Impreso en Naciones Unidas — Santiago de Chile

IMPRESOS
VIA AEREA